

NECESIDAD DEL CONCEPTO DE PERSONALIDAD

Manuel Villegas

Profesor de la Universidad de Barcelona

«Cuanto mayor conocimiento tenemos de las condiciones antecedentes, copresentes y consiguientes, tanto necesitamos acudir al concepto de personalidad».

(Krasner y Ullman, 1973)

En el modelo habitual de explicación de la conducta, la personalidad tiene asignado el papel de variable intermedia (Pinillos, 1975), postulada para explicar la consistencia de la conducta. No es la variable dependiente (conducta), ni la independiente (estímulo), sino la intermedia. Corresponde a la «caja negra» que mediatiza la recepción del estímulo y la emisión de la respuesta. Esta variable intermedia en términos técnicos está incluida en la «O» del esquema E-O-R.

Sin embargo, la «O» como variable interviniente tiene un excedente de significado fisiológico que no se corresponde con la complejidad del constructo de personalidad, el cual incluye, ciertamente, la variabilidad proveniente del organismo pero no se agota en él. Como se verá mas adelante, los sistemas de relación con el mundo físico, social y personal, así como los procesos cognoscitivos y oréticos, entre otros, intervienen en la producción de la respuesta (R). Para englobar todos estos procesos y constructos intervinientes bajo una sola denominación preferimos, con Madsen (1973) utilizar la variable «H» (hipotética). Por variable «H» se entiende, de acuerdo con Tolman (1932, 1959), que fue quien inventó el concepto de variable interviniente, tanto los constructos hipotéticos como las variables intermedias, cuya única diferencia estriba, quizá, en el grado de abstracción. Otros teóricos llaman a estas variables, «mediacionales». La personalidad, como constructo hipotético puede simbolizarse, pues, con una «H» en sustitución de la «O», por lo que el esquema se convierte en E-H-R.

Pero, ¿realmente mediatiza la conducta la variable «personalidad»? Y si lo hace, ¿de qué manera? ¿Es un constructo hipotético necesario el concepto de personalidad o se bastan la situación estimular y las contingencias de refuerzo para explicar la producción de la conducta? Y si es necesario este constructo ¿en virtud de qué se postula su existencia?

Estas cuestiones que a primera vista parecen muy abstractas y carentes de interés práctico son fundamentales, si se pretende continuar hablando de personalidad en Psicología. La cuestión esencial a resolver es qué parte de la varianza de la conducta se explica a través de este constructo teórico. Aun en el caso de que sea prácticamente imposible, al menos por el momento, cuantificar la parte de la varianza de una conducta que se debe al factor «personalidad», se hace como mínimo imprescindible cerciorarse que esta parte de la varianza existe y que sólo puede explicarse con ayuda de tal variable intermedia o postulado teórico. En la medida en que la totalidad de la conducta pueda explicarse exclusivamente a partir de estrictas contingencias ambientales, el concepto de personalidad no solamente deviene superfluo, sino confuso y perturbador. El problema, como dice Labrador (1984) no es si existe o no la «personalidad», sino si tenerla en cuenta es de alguna utilidad para generar predicciones o proposiciones verificables.

La razón que justifica hasta el presente el mantenimiento del concepto de personalidad es el aspecto diferencial de la conducta. ¿Por qué en una misma situación y ante los

mismos estímulos y/o refuerzos no todos los individuos responden de la misma manera? La explicación que suele darse a este fenómeno, aunque no de forma unánime en Psicología, lo atribuye a sus personalidades diferenciadas. De modo que, en última instancia, el estudio de la personalidad «descansa sobre el hecho de las diferencias individuales» (Brody, 1972). Tradicionalmente las investigaciones de la personalidad basadas en los rasgos «estudian las diferencias individuales en respuesta a la misma situación» (Mischel, 1976).

Ahora bien, ¿a qué se deben estas diferencias personales? ¿Existen rasgos diferenciales propios? ¿Son innatos o adquiridos? ¿Evolucionan o permanecen invariables a través de la vida? No existe prácticamente acuerdo sobre ninguna de estas cuestiones. De ahí la enorme variedad de teorías de la personalidad, según se ponga el acento en unos u otros aspectos, que no tienen por qué ser contradictorios a no ser que se pretenda su predominio exclusivo.

Consistencia y estabilidad de la conducta

Para las finalidades de este texto partimos del supuesto de la existencia de este constructo, que llamamos personalidad, postulado para explicar una parte de la varianza de la conducta. Previamente a cualquier explicación o desarrollo teórico deben quedar definidos los problemas que plantea la simple suposición de una variable intermedia que dé cuenta de la variabilidad diferencial interindividual. Ello supone cierta estabilidad y consistencia de esta variable, a través del tiempo y en las más diversas situaciones. De lo contrario, estas pretendidas o supuestas diferencias interindividuales podrían ser atribuidas a incidencias fortuitas y no a características idiosincráticas de la persona.

La personalidad, en efecto, según Child (1968), se refiere a factores internos más o menos estables, que hacen que la conducta de una persona sea consistente en diferentes ocasiones y distinta de la conducta que otras personas exhibirían en situaciones comparables. Se hace pues necesario el concepto de personalidad como un postulado para explicar la consistencia transituacional y la estabilidad temporal de un factor interno que dé cuenta de la variabilidad interindi-

vidual o diferencial de la conducta. Si este factor interno es de naturaleza psicológica o fisiológica o mixta, es algo secundario en este momento de la formulación de la hipótesis, lo importante es que se le atribuye la misión de organizar la interacción del individuo con su medio de una manera estable, consistente y diferencial.

La estabilidad hace referencia a la permanencia de unas características más o menos invariables del tiempo, mientras que la consistencia es relativa a la permanencia de estas características a través de la diversidad de situaciones. Como quiera que estos atributos formales de estabilidad y consistencia conlleven problemas mucho más complejos de lo que a primera vista parece, vamos a dedicarles una atención específica.

1) **La estabilidad:** Sólo la evidencia de que la personalidad permanece invariable a través del tiempo nos permite inferir la existencia de una estructura interna diferencial característica de cada individuo, que dé cuenta de su idiosincrasia. La percepción popular de este fenómeno es que esto es así y presupone, además como bien lo expresa el proverbio: «Genio y figura hasta la sepultura», que ésta es innata, hereditaria o, como mínimo, congénita. Las tipologías más antiguas atribuyen a la constitución física las características temperamentales y por lo tanto se consideran básicamente invariantes.

Sin embargo, esta aparente estabilidad de la personalidad a través del tiempo, choca con datos evidentes que la contradicen. En primer lugar, existe un amplio consenso, aunque no total en Psicología, a cerca del carácter evolutivo de la personalidad. A través del ciclo vital se señalan diversas etapas (como la adolescencia o la vejez) en las que parecen producirse cambios notables en la personalidad.

En segundo lugar se experimentan con frecuencia cambios dramáticos en algunas personas, que suelen ser juzgados como mutaciones de personalidad: las personas se vuelven más abiertas o más reservadas, más amables o más hostiles, etc.; incluso, en casos extremos, presentan «transtornos profundos de personalidad». Con todo, tampoco está muy claro si estos cambios son reales o aparentes, si ya existían genéticamente y se muestran como epifenómenos en un momento determinado. ¿Son verdaderos cambios? ¿Son cambios debidos a la evolución

misma? ¿Son cambios debidos a la situación?

Supongamos que después de cinco años de ausencia un joven vuelve a su pueblo para celebrar con la familia la recepción de su Master en una Facultad americana y reencontrar a sus amigos. Familiares y amigos no cesan de expresar su admiración por lo cambiado que ha vuelto. Probablemente el interesado negará que haya cambiado tanto o, a lo sumo, admitirá cambios superficiales o en aspectos muy limitados. Los observadores, por el contrario, manifestarán su extrañeza y admiración por la radicalidad y amplitud de los cambios. ¿Quién tiene razón? Probablemente, los dos: el sujeto y los observadores. Lo que sucede es que cada uno habla desde una perspectiva distinta. El sujeto se vive a sí mismo las 24 horas del día: sus cambios resultan apenas perceptibles para él, hay un constante reajuste de su personalidad a la realidad cambiante. Es cierto que se han modificado muchos de sus intereses, de sus aficiones, incluso de sus actitudes y conductas. Ha madurado algo más, ha aprendido de la vida, ha adquirido experiencia y autonomía. Sin embargo, en el fondo, continua sintiéndose el mismo: igualmente entusiasta o inseguro o ambicioso. Es decir, que considera que ciertos rasgos profundos no se han alterado en absoluto o apenas lo han hecho imperceptiblemente. Para el observador, sin embargo, existen evidentes cambios manifiestos, que le llevan a afirmar: «pareces otra persona», o «si te hubiera encontrado por la calle no te hubiera conocido». Estos cambios (quién te ha visto y quién te ve!) suelen ser importantes para el intercambio social, pero en la mayoría de los casos son poco relevantes desde el punto de vista psicológico y de ahí la diversidad de criterios.

Este fenómeno de observación cotidiana plantea diversos problemas. El primero es que el concepto mismo de estabilidad a través del tiempo no está claro a que se refiere. Supongamos que medimos a través de un test las características de una persona. Si a los pocos días le pasamos una forma paralela, probablemente obtendremos unos resultados muy similares, lo cual prueba la fiabilidad del test, más que la estabilidad de la persona. Este mismo sujeto es sometido al mismo test o a sus formas paralelas al cabo de cinco años y sus resultados son casi antagónicos a los obtenidos la primera vez. Hipóte-

sis plausibles: a) nos ha engañado la primera vez, la segunda o las dos veces, b) su personalidad ha cambiado radicalmente, c) el test sólo mide rasgos superficiales cuya inestabilidad no cuestiona la de su personalidad básica. Muchos tests contienen preguntas como esa: «¿Le espanta la idea de tener que dar una charla o dirigir la palabra a un grupo?» «¿Si quiere conocer o enterarse de alguna cosa, prefiere consultar un libro antes que preguntárselo a alguien? (EPI) «¿Suele pasarlo bien en las fiestas y reuniones sociales?» «¿Le divierten las reuniones y fiestas más que ninguna otra cosa?» (CEP). Está claro que las respuestas a estas preguntas pueden cambiar de un período a otro si los rasgos a los que se refieren no constituyen dimensiones fundamentales de esa personalidad en concreto. Por lo tanto, las variaciones en la puntuación de extroversión no cuestionan en absoluto la estabilidad de la personalidad, sino más bien la capacidad del test para medir los rasgos constitutivos de una personalidad determinada.

El segundo es que la personalidad tiene que sufrir necesariamente cambios a través del tiempo, puesto que está en un proceso continuo, de lo contrario sufriría desajustes importantes. Es posible que la rigidez en la personalidad sea una de las características de las patologías. Algunas teorías de la personalidad (Rogers, Maslow, etc.) consideran la evolución y la fluidez como sistemas saludables. De modo que sólo puede hablarse de una estabilidad relativa. Pero aún así la cuestión queda confusa. ¿Es toda la personalidad relativamente estable o hay en ella estructuras o rasgos, tal vez jerárquicamente organizados, que tengan distintos grados de estabilidad, desde la máxima inmovilidad de algunos de ellos hasta la máxima fluidez de otros. Es esta una cuestión, la de los rasgos y la de su organización jerárquica o no, que tenemos que dejar para más adelante, pero de cuya resolución o planteamiento puede depender mucho el grado de estabilidad que se les atribuya. Parece muy probable que, si se consigue aislar los rasgos constitutivos de una persona o de un grupo de personas pueda obtenerse una mejor predicción de estabilidad. Pero para ello habrá que limitarse, como observa Mischel (1977) a «ciertas personas en ciertas ocasiones». «La búsqueda de subtipos de personas que desarrollen consistencias en ciertas dimensiones de conducta

bien definidas y bajo ciertos subtipos de condiciones representa una investigación más modesta, pero también mucho más razonable en la tipología de la personalidad. Por supuesto, la demostración de tales consistencias no puede significar que los individuos no discriminan entre situaciones pero indicaría que mantienen la posición que de ellos se espera respecto a ciertos tipos de conductas bajo cierto tipo de condiciones».

2) **Consistencia:** Esta cita de W. Mischel nos lleva de la mano a la cuestión de la consistencia. Consistencia y estabilidad en el fondo son inseparables: los cambios de situación sólo pueden darse en distintos momentos, puesto que no pueden vivirse dos situaciones distintas a la vez, sino sucesivamente. Por otra parte, períodos distintos traen aparejados inexorablemente cambios situacionales, aunque no sean fácilmente observables. De forma que estabilidad y consistencia están íntimamente relacionados.

El concepto de consistencia lleva consigo la posibilidad de predecir una conducta, si conocemos los rasgos que la definen. Esta consistencia se explica atribuyéndola a factores permanentes o estables, subyacentes a la personalidad. Por ejemplo, el «locus of control» investigado por Rotter (1966) permite distinguir a las personas de acuerdo a la dimensión I-E (internos-externos) y hacer importantes predicciones relativas a su manera de responder a las más diversas situaciones. Aunque las conductas puedan ser muy variadas mantienen, sin embargo, entre sí una similitud profunda relativa a rasgos de orden superior. En última instancia se considera a la personalidad como el determinante último de la conducta.

Sin embargo, esto no es tan claro ni tan fácil de demostrar como puede parecer a primera vista. Hunt (1965) pone de relieve que los coeficientes de fiabilidad y validez en cuanto al valor predictivo de la conducta a partir de la consistencia de los rasgos no excede el 25%. «Esto es increíblemente reducido para cualquier fuente que se considere como base de la variación de la conducta: pero nosotros, los psicólogos, hemos culpado a nuestros instrumentos y no a nuestra creencia en la importancia de los rasgos estáticos dimensionales». Y Mischel (1968) concluye: «Con la posible excepción de la inteligencia, no se han demostrado las consistencias de la conducta muy generalizada y es

insostenible el concepto de los rasgos de personalidad, como predisposiciones amplias de respuesta... Verdaderamente, la frase «coeficiente de personalidad» podría acunarse para describir las correlaciones entre .20 y .30 que se encuentran de forma reiterada cuando cualquier dimensión de personalidad inferida a partir de un cuestionario se relaciona con casi cualquier criterio externo concebible que implique respuestas muestradas en su medio diferente, es decir, no a través de otro cuestionario».

Situacionismo vs. teoría de rasgos.

En la medida en que la explicación de la conducta se atribuye a estructuras mentales subyacentes (rasgos, estados, motivos, dimensiones, etc.) se hace preciso identificarlas a través de signos directos o indirectos. Los datos que demuestran una fuerte generalidad de la conducta de la misma persona a través de muchas situaciones son, como observa Mischel (1968) «críticos para las teorías de la personalidad, ...el concepto mismo de personalidad descansa en la creencia de que las consistencias conductuales individuales existen y explican gran parte de la varianza de la conducta».

No corresponde a nuestro objetivo reproducir extensamente los argumentos de Mischel (1968) en contra de la pretendida consistencia de la conducta. Basta para ello con remitir al lector a su obra. En cualquier caso ha quedado claro ya, durante la exposición que hemos hecho, lo problemático y lo relativo de la consistencia de los rasgos. Tradicionalmente se han enfrentado en Psicología dos posturas, la situacionista frente a la factorial o de rasgos. A la base de la polémica entre situacionistas y psicólogos, se encuentra el problema de la especificidad de la conducta (la persona actúa de acuerdo a situaciones específicas y no en virtud de rasgos personales) frente al de la generalidad o consistencia (la persona siempre actúa igual porque siempre es la misma).

El situacionismo defiende que la predicción más fiable que puede hacerse para una conducta futura proviene del conocimiento de las respuestas del sujeto en situaciones similares anteriores, puesto que la fuente fundamental de varianza de la conducta reside en la situación. En consecuencia, el concep-

to de personalidad resulta superfluo.

La teoría de los rasgos, como hemos visto, atribuye a la consistencia de la personalidad la predictibilidad de la conducta.

La clara contraposición de ambos puntos de vista parece condenar al estudio a inclinarse por una de las tesis con exclusión de la otra. Sin embargo, puede tratarse de puntos de vista complementarios. Como observa Bowers (1973) en una magnífica réplica el situacionismo: «el uso casi exclusivo del método experimental puede atar nuestra atención al cambio de conducta que nos hace inatentos a cualquier género de estabilidad conductual... El nudo del asunto es que resulta más fácil con el método experimental advertir el cambio de la conducta (puesto que está diseñado para observar la influencia del estímulo sobre la conducta) y con las técnicas correlacionales la estabilidad conductual (puesto que está pensado para eso). Así pues, ambos métodos movilizan nuestra mente hacia diferentes percepciones de la realidad». Es algo parecido a lo que se produce en física con el principio de Heisenberg.

Lo que sucede en todo esto es que no está claro, en primer lugar, qué se entiende por cada uno de los conceptos en litigio: rasgo, situación, conducta, personalidad y, en consecuencia se tiende a simplificar la formulación de tales conceptos.

El concepto de **rasgo** es mucho más complejo de lo que el situacionismo supone. Para empezar hay muchos tipos de rasgos. Como ya advirtió Allport en 1937 hay rasgos nomotéticos, generalmente impuestos a los sujetos por los observadores, y hay rasgos idiográficos de suma importancia para el sujeto, pero acaso ignorados por el observador. Por ejemplo, la escala introversión-extroversión puede resultar totalmente irrelevante para una persona que puntúa en el término medio de esta dimensión y, en consecuencia, no nos dice nada respecto a la personalidad, mientras que, tal vez, posee, determinadas características mucho más relevantes que no se ponen de manifiesto en el test, simplemente porque no se han escrito preguntas para ellas en los cuestionarios (cfr. Bem y Allen, 1974). Existen además, rasgos dinámicos o motivacionales (motivo de logro, etc.) como también expresivos (rapidez, lentitud, cuidado, descuido, etc.).

De acuerdo con Hogan, Desoto y Solano (1977): «los términos de rasgos difieren en su

función dentro del lenguaje ordinario, en su papel en orden a describir la conducta de los agentes y en su significación social y teórica. Desde el punto de vista lógico, por tanto, la tesis de que existe escasa evidencia para la consistencia de los rasgos a través de las situaciones se antoja extraña, porque, de una parte no está claro a que género o a qué clase de rasgo están refiriéndose los críticos cuando sostienen dicha tesis; y, de otra parte, no ha sido demostrado que todos los conceptos de rasgo o incluso una proporción significativa de ellos sean inconsistentes a través de las situaciones; antes al contrario, sólo un pequeño número de los rasgos prácticamente importantes han sido evaluados en términos de consistencia».

Al margen de si existen rasgos dependientes del genotipo, rastreables a través del somatotipo, y por tanto de temprana y clara identificación (cfr. Clausen, 1975), codificables en términos de rasgos y estables a través del tiempo, el concepto de rasgo no tiene porqué ser entendido necesariamente como una entidad intrapsíquica. Aunque esta suposición caracteriza la obra de Allport (1937) y Cattell (1946) no se aplica a los autores más recientes (Barron, 1963; Hogan, 1973; Holland, 1973, etc.) para quienes el concepto de rasgo se refiere más bien a consistencias estilísticas en la conducta interpersonal. Más importantes que los rasgos, pretendidamente estables y estáticos, para la comprensión de la conducta son las constancias propositivas. Una confirmación de su estabilidad puede hallarse en los estudios de Strong (1955) sobre intereses vocacionales, que arrojan una correlación media test-retest de .75 para un intervalo de hasta 22 años en antiguos alumnos universitarios. (Véase también Holland (1973) para intervalos más cortos). La estabilidad de los puntajes de interés vocacional iguala o excede a los de cociente intelectual cuya estabilidad y consistencia no son controvertidos por los críticos de rasgos. Aún sin ánimo de contradecir los estudios de Strong, cabría sin embargo preguntarse si se obtendrían hoy día los mismos resultados, puesto que es probable que en la época en que trabajó Strong las variables socio-culturales que pueden influir sobre los intereses vocacionales y la muestra universitaria escogida fuesen mucho más estables de lo que lo sean en la actualidad. En cualquier caso, nunca una correlación, por muy alta

que sea, ha demostrado estrictamente la relación causa-efecto, que precisa otro tipo de demostraciones.

Parece que existe una alta consistencia, sin embargo, en la autopercepción. Los individuos que se identifican a sí mismo como consistentes en una particular dimensión o rasgo, concluyen Bem y Allen (1974): «serán de hecho más consistentes transituacionalmente, que aquellos que se identifican a sí mismos como altamente variables». En conjunto, los resultados sostienen la hipótesis, demostrando la consistencia para «ciertas personas en ciertas situaciones». «Lo más interesante para mí, admite Mischel (1977), es que las personas mismas predijeron su propia consistencia, proporcionando otra vez soporte a la idea de que cada persona conoce mejor que nadie su propia conducta».

Una cierta estabilidad y consistencia de la «personalidad» parece tener que postularse, pues, necesariamente, si se quiere explicar la totalidad de la conducta humana en toda su complejidad. Probablemente esta estabilidad no sólo sea relativa a las situaciones, sino también a los individuos. Es decir: un rasgo diferencial de un individuo o de un tipo puede ser su consistencia en los rasgos, razón por la cual podría diseñarse una escala de evaluación en la dimensión «consistencia-inconsistencia». Así encontraríamos, con toda seguridad, sujetos muy variables junto a otro muy estables. Estos últimos, probablemente, determinarían dos tipos de sujetos muy distintos: personalidades fuertes vs. personalidades psicopáticas.

Binswanger (1956) refiere el caso de «un padre que colocó, como regalo en el árbol de Navidad para su hija gravemente enferma de cáncer, un ataúd». Preguntado por los motivos que le habían llevado a semejante despropósito contestó que él lo consideraba adecuado, que es lo único que le correspondía a su hija en aquel momento. Un observador externo juzgará semejante conducta como algo «desviado, irracional e incomprensible» y, en consecuencia, lo calificará de locura. Sin embargo, cometerá un doble error. Primero, calificar de ilógico algo que solo lo es en relación a nuestra cultura, pero no en otras: en la antigua China uno de los regalos más apropiados que podía hacer un hijo a su madre era un hermosos ataúd; los papas y los faraones se labraron en vida hermosas tumbas o mausoleos. Segundo, considerar

como inconsistente una conducta en relación a la situación (socio-cultural), cuando probablemente manifiesta una alta consistencia con los rasgos más profundos de la personalidad del sujeto, en este caso el pragmatismo o utilitarismo: «¿Qué necesita mi hija que le pueda ser realmente útil sino un ataúd?». Se trata, precisamente, de un caso de consistencia extrema con los propios rasgos de personalidad. La mostruosidad del acto estriba en prescindir del punto de vista del destinatario del obsequio: un regalo no tiene valor por sí mismo, sino por referencia a la persona del otro. En efecto, la conducta extremadamente congruente en situaciones diversas caracteriza más bien a las personas inadaptadas, menos maduras y afectadas de graves perturbaciones, más bien que a aquellas personas cuyo funcionamiento es adecuado (Moos, 1968).

Al margen de la anécdota este caso es suficientemente ilustrativo de la importancia o peso específico de la estructura de la personalidad en la determinación de la conducta. No puede explicarse la decisión del padre por los refuerzos de la situación antecedentes, copresentes ni consecuentes (la respuesta del ambiente fue de rechazo general) sino que debe recurrirse a algún factor característico de la persona; en este caso un rasgo muy profundo de su carácter: el pragmatismo o utilitarismo (con independencia del origen del rasgo).

En cualquier caso se pone de manifiesto lo que dice Mischel (1977) «cada persona conoce mejor que nadie su propia conducta»; en consecuencia, el psicólogo tendrá que ir acostumbrándose a permitir a los sujetos a «desembarazarse de sus roles de pasivas víctimas de nuestras evaluaciones y tests, para enrolarlos como activos colegas, que son los mejores expertos de sí mismos y que están eminentemente cualificados para participar en el desarrollo de las descripciones y predicciones —por no hablar de decisiones— que les conciernen».

La referencia a la situación que hemos hecho en este último caso nos lleva de la mano a plantearnos qué se entiende por tal. Con frecuencia se usan indistintamente conceptos tales como situación, ambiente, ecología, etc.

En los estudios de laboratorio con frecuencia las variables ambientales son muy pobres, reduciéndose fundamentalmente a

las variaciones de estimulación. Esto tiene una ventaja muy grande y es que permite predecir con exactitud la conducta y conocer apropiadamente las fuentes de variabilidad. Pero esa precisión no es generalizable sin más, sino que sólo puede hacerse extensible a situaciones estrictamente similares a las del laboratorio, donde el control de variables puede llegar a ser casi exhaustivo. Es lícito deducir de los experimentos de laboratorio leyes generales de carácter formal (como por ejemplo, las leyes del refuerzo o del modelado de la conducta) pero, en contrapartida, no puede garantizarse su exacto desenvolvimiento en situaciones no sometidas a control experimental como son las que, generalmente, presiden el desarrollo habitual de la conducta humana.

Sin detrimento del valor del método experimental, fundamental para el desarrollo de las ciencias aplicadas (farmacología, por ejemplo), el situacionismo reproduce algunos sesgos característicos del método. Bowers (1973) señala que el método experimental está interesado principalmente en señalar las circunstancias bajo las cuales una conducta cambia, lo cual es opuesto, como hemos visto, a investigar la estabilidad conductual. En su intento por demostrar la relación entre una conducta y las variables que supuestamente la controlan, el experimentador busca el rechazo de la «hipótesis nula», que afirma que la conducta será insensible a la manipulación situacional. La manipulación de las variables situacionales se infiere de los cambios de la conducta. Si tales cambios ocurren, el experimentador concluye que las variables situacionales son las responsables y, en consecuencia, la hipótesis nula es rechazada. Sin embargo, si la conducta no cambia el experimentador es reacio a admitir que la hipótesis nula no puede ser rechazada. Más aún, se realizarán experimentos posteriores en un intento por averiguar porqué las manipulaciones situacionales «fracasaron en funcionar».

Esta forma de enfocar la cuestión puede ser tan circular como la que se atribuye a la teoría de rasgos: si los ambientes pueden ser inferidos únicamente de la conducta cambiada, entonces la potencial circularidad del modelo situacionista se convierte en circularidad actual, en círculo vicioso.

Pero antes de seguir planteando problemas críticos al situacionismo, conviene defi-

nir con más precisión qué se entiende por tal.

En primer lugar parte de la suposición que la relación entre estímulo y respuesta puede establecerse prescindiendo de las variables internas, aunque no se niegue su existencia. Skinner (1953) dice a este propósito: «No negamos la existencia de un análisis funcional. No podemos explicar la conducta de ningún sistema si estamos completamente situados en su interior. Finalmente, hemos de recurrir a las fuerzas que influyen sobre el organismo desde el exterior. A menos que haya un punto débil en la cadena de causas, de forma que el segundo eslabón no venga correctamente determinado por el primero, o el tercero por el segundo, el primer y tercer eslabón han de estar correctamente relacionados, si bien hemos de tener en cuenta siempre el segundo eslabón para predecir y controlar, podemos evitar muchas digresiones pesadas y fatigosas examinando el tercero como función del primero. Una información válida sobre el segundo eslabón puede poner en claro esta relación, pero no puede alterarla».

En consecuencia, el estudio de la personalidad puede ser considerado como una rama del área general del aprendizaje, que investiga especialmente «los procesos que tienen relevancia para el ajuste humano» (Lundin, 1969).

El interés del situacionismo se centra, por tanto, en la conducta misma, entendida no como expresión de estados o rasgos ubicados en el interior del individuo, sino de las condiciones estímulares presentes en la situación en que se desarrolla la conducta. El situacionista busca los determinantes de la conducta «en las condiciones que covarian con la ocurrencia, el mantenimiento y el cambio de la conducta» (Mischel, 1973). Para Skinner (1973) lo cierto es que es «el ambiente el que actúa sobre la persona que percibe y no la persona que lo percibe, quien actúa sobre el ambiente».

Frente a la supuesta consistencia atribuida a la conducta por el enfoque personalista, el situacionismo subraya la inconsistencia. La posible consistencia se apoya, no sobre características del individuo, sino en la similitud de los parámetros ambientales. La conducta, dice Fiske (1961), «tiende a ser extremadamente variable e inestable, salvo cuando las condiciones del estímulo y las rela-

ciones entre las respuestas y el esfuerzo son muy similares y consistentes».

La convicción de que la conducta se puede predecir mejor y de forma más segura desde la consideración de los parámetros situacionales, prevalentes en cada momento, que desde las variables personales ha llevado a desarrollar estudios ambientales, como los de Baker (1968), que han sido agrupados bajo el nombre de «psicología ecológica».

Una primera preocupación en los estudios situacionales ha sido clasificar los ambientes según una taxonomía. Una tentativa típica de describir algunas de las casi infinitas dimensiones de los ambientes, propuesta por Moos (1973, 1974) llama la atención sobre la compleja naturaleza y las múltiples variables que pueden caracterizarlos. Estas variables incluyen el clima, la arquitectura, el entorno, así como la atmósfera social y los refuerzos obtenidos en estas situaciones.

A grandes rasgos, el análisis sistemático del ambiente se puede realizar desde la consideración objetiva del mismo, analizando los factores físicos (Gibson, 1960; Barker, 1968; Craik, 1973), los factores sociales (Krause, 1970; Moos, 1973) o la combinación de ambos (Chein, 1954). Según este esquema muy general podría distinguirse entre:

a) Macroambiente

1. físico (urbanismo, arquitectura, etc.)
2. social (normas de una sociedad o cultura, etc.)

b) Microambiente

1. físico (ambientes específicos: habitación, muebles, espacio o territorio propio...)
2. social (actitudes, hábitos, etc. propios de un grupo determinado: familia, pandilla)

Otras múltiples clasificaciones son posibles (Magnusson y Ekehammar, 1973; Moos 1973, 1974) según los propósitos de cada uno. Las posibles variables ecológicas llaman, en cualquier caso la atención sobre la dependencia de la conducta humana respecto al contexto o situación (Barker, 1968) o incluso de variables físicas tan específicas como el número de personas en un espacio, la decoración de la habitación y muebles o el modo en que las personas se organizan dentro de una situación (Krasner y Ullman, 1973; Moos e Insel, 1974).

Aunque no es posible una taxonomía situacional completa los estudios ecológicos (Jordan, 1972, Bronfenbrenner, 1979; Catalano, 1979; Krasner, 1980) además de los ya citados anteriormente ponen de relieve la influencia del entorno humano en la conducta. Pelechano (1981) llega a plantear la necesidad de las técnicas del análisis clásico al análisis ecopsicológico de la conducta.

La forma de concebir este entorno no puede ser, como se ha visto, excesivamente simplificada. Feshbach (1978) distingue entre el nivel situacional inmediato y la influencia ambiental tanto física como social, mucho más amplia, que proporciona a las situaciones su significado y continuidad. Entre éstos últimos Feshbach incluye las ideologías culturales, el sistema económico, las normas sociales, etc.

El peso del ambiente en la determinación de la conducta no puede desconocerse en general y es especialmente contundente en situaciones extremas (cárceles, hospitales, cuarteles, colegios, etc.). La fuerza de las predicciones basadas en el conocimiento de las situaciones estimuladoras se aprecia, por ejemplo, en los estudios que intentan prever el ajuste de los enfermos psiquiatrizados (Fairweather, 1967) al medio exterior del hospital, o para dar cuenta de los cambios de conducta de sujetos en situaciones experimentales, como el experimento de «prisión simulada» llevado a cabo por Haney, Banks, y Zimbardo (1973).

Las situaciones no existen, evidentemente, sólo como nichos ecológicos estáticos, sino que actúan, principalmente en el caso de las conductas sociales o interpersonales, seleccionando o reforzando unas conductas por encima o en oposición a otras. Y es en este poder selectivo de la situación donde se apoyan los argumentos de Skinner (1953) o los de Bandura y Walters (1963). Su postura, como ya ha quedado indicado anteriormente, es que la conducta se produce como consecuencia del refuerzo directo (Skinner) o incluso vicario (Bandura y Walters) de las condiciones presentes o antecedentes y que toda consistencia, si la hay, se basa en la similitud de las situaciones o en la persistencia de hábitos de respuesta aprendida, sobre todo aquellas que han sido reforzados o condicionados de forma intermitente y/o indiscriminada. Sin embargo, el situacionismo no

puede explicar las diferencias individuales sin hacer referencia a otro tipo de variables relativas al sujeto. Mischel (1976) propone que la experiencia pasada afecta las estrategias de procesamiento de información del individuo, las cuales rigen cómo se perciben las variables situacionales y, por ello, sus efectos sobre la conducta.

Que las situaciones influyen sobre la conducta es algo evidente. Bowers (1973) que se ha mostrado un enérgico y lúcido opositor al situacionismo, admite que «sin duda la conducta es más específica de la situación de lo que la teoría de rasgos reconoce... pero las situaciones son más específicas de las personas de lo que comúnmente se cree». Con ello Bowers está llamando la atención sobre el papel selectivo que las personas ejercen sobre las situaciones. Es evidente que un individuo bailará más en una discoteca que en una iglesia; pero eso no significa que baila porque se encuentra en una discoteca, sino que puede significar todo lo contrario: que se encuentra en una discoteca porque quiere ir a bailar. El ser humano crea ambientes especiales para poder desarrollar una serie de actividades que difícilmente se producen sin esta ambientación. Es cierto que la persona está sometida a diversos ambientes que ejercen presiones a veces irresistibles sobre su conducta, pero también lo es que la persona tiende a escoger los ambientes más adecuados a su idiosincrasia o a sus intereses, crea sus propios ambientes, se adapta a su manera a algunos que le son impuestos y, finalmente, los percibe también de forma característica.

Las situaciones, como observan Sarason, Smith y Diener (1975) tienden a producir efectos más bien específicos que generalizados y sus efectos son, generalmente, débiles. Dicho de otro modo: el efecto de las situaciones particulares dependerá de las personas que las vivan. No es pues válido hacer generalizaciones amplias sobre los determinantes de la conducta humana.

De acuerdo con Cronbach (1975) debemos imponer restricciones a las leyes que regulan las relaciones de causa y efecto, sin duda a la mayor parte de ellas y quizás a todas. Si bien estas restricciones le complican la vida al científico social, concluye Mischel (1976) «no le impiden estudiar los asuntos humanos científicamente, pues sólo le exigen respetar la complejidad de la tarea y le señala los riesgos que entraña simplificar la naturaleza y las causas de la conducta humana.

Un estudio de la personalidad no puede basarse exclusivamente en ninguno de estos dos factores (rasgos-situación) por separado. Es conocido el cambio de postura experimentado a este respecto por Mischel, uno de los máximos representantes del situacionismo, por un lado, y Bandura, el psicólogo del aprendizaje social, por otro.

Mischel (1976) reconoce que: «podemos predecir mucho mejor si conocemos qué significa cada situación para el individuo y si consideramos la interacción de la persona y del entorno, en vez de concentrarnos únicamente, o bien en la situación sola o bien en el individuo como si estuviera en un vacío ambiental y social».

Para Bandura (1978) es verdad que la conducta está influenciada por el ambiente, pero el ambiente es, en parte, una hechura de la propia persona. Por sus acciones las personas juegan con una baza importante en la creación del medio social y de otras circunstancias que emergen en sus transacciones cotidianas. De esta nueva manera, desde la perspectiva del aprendizaje social, el funcionamiento psicológico envuelve una interacción continua y recíproca entre influencias conductuales, cognitivas y ambientales».

El concepto clave para superar esta dicotomía entre rasgos de personalidad y situación es, pues, el de interacción.

Interaccionismo

La incapacidad para explicar la conducta por las solas condiciones ambientales o por las disposicionales (rasgos característicos de las personas) de forma exclusiva, lleva a postular una mutua influencia que Bandura (1978) denomina «determinismo recíproco» y otros autores, como Mischel (1976) denominan «interacción». Al margen de los matices terminológicos que precisaremos más adelante, la tesis fundamental que sustenta el interaccionismo es que existe una relación de reciprocidad entre variables disposicionales y ambientales y que esta interacción tiene un valor mucho más elevado que cada una de ellas por separado.

La perspectiva interaccionista no es tan nueva como puede parecer a primera vista. Lo que sucede es que, como explica Ekehammar (1974) la falta de sistematización metodológica no ha facilitado desarrollar los

problemas planteados por esta perspectiva. Ya en 1924 Kantor insistía en que «una concepción de personalidad debe ser predominantemente funcional y debe poner mayor énfasis en las condiciones estímulares y la interacción de la persona con ellas». Aunque Kantor distingue entre ambiente físico y ambiente psicológico, su trabajo, por imperativos de la época, se va a focalizar sobre el ambiente físico.

Kurt Lewin (1936, 1951) de ascendencia Gestáltica pone el acento, en cambio, en la significación psicológica del ambiente. «En Psicología se puede comenzar a describir la situación total distinguiendo la persona (P) y su entorno (E). Cada fenómeno psicológico depende del estado de la persona y, a la vez, del ambiente, aunque sus importancias relativas sean diferentes según los casos». Para Lewin el ambiente que determina el comportamiento en un momento dado no es la totalidad del ambiente físico o físicamente presente, sino sólo el medio como existe para el individuo. El medio psicológico es determinado a la vez por las características del medio objetivo y por las de la persona. El hecho de que un objeto esté presente en el campo de un individuo sólo determina el comportamiento de dicho individuo respecto al objeto si éste último posee una valencia positiva o negativa, la cual sólo existe debido a necesidades, motivaciones o actitudes del individuo. Si se nos permite una apostilla al pensamiento de Lewin podríamos preguntarnos: ¿cómo puede un observador externo definir objetivamente lo que es el ambiente para el sujeto? Esta es una de las cuestiones que implican mayor complejidad metodológica al estudio científico de la personalidad.

Angyal (1941) con su concepto de «biosfera»; Murray (1938): «la interacción organismo medio es la unidad conveniente para la Psicología»; Rotter (1954) «la unidad de investigación para el estudio de la personalidad es la interacción del individuo y su ambiente significativo», etc., son otros tantos pioneros del interaccionismo.

Sin embargo el auge del enfoque interaccionista es más actual y arranca, como hemos visto, de la crítica de la teoría de rasgos disposicionales, por una parte (Mischel, 1968), y, por otra de la crítica al situacionismo (Bowers, 1973). Es conocida la aproximación de Mischel (1976) a las tesis interaccionistas después de la crítica de Bowers

(1973). El situacionismo se define como un preconcepto explicativo que tiende a «ignorar los factores organicismos o a considerarlos como subsidiarios del influjo primario del estímulo externo» (Harré y Secord, 1972). «Algunas de las críticas y acusaciones, admite Mischel (1976), son objeciones plenamente justificadas contra el ambientalismo absoluto del conductismo radical de B. F. Skinner (1974). Las características del ambiente interactúan con los atributos de las personas y sería necio ignorar cualquiera de los dos protagonistas de la interacción... La Psicología ha exagerado la importancia del ambiente y, al mismo tiempo, ha restado importancia y hasta ha dejado de lado a la persona. Se trata de una acusación seria, pues perder al individuo en psicología de la personalidad sería tan fuerte como perder la materia en física o los elementos en química».

Una rectificación parecida se encuentra en Bandura, quien en 1969 escribía: «Toda conducta es inevitablemente controlada y la operación de las leyes psicológicas no puede quedar en suspenso por concepciones románticas de la conducta humana, ni más ni menos que un indignado rechazo de la ley de gravedad como antihumanística no puede impedir la caída de las personas... Los procesos de cambio de la conducta implican el sustituir nuevas condiciones de control en vez de aquellas que, con anterioridad regularon la conducta del individuo». Más tarde, sin embargo, Bandura (1974) repudiaba esta posición y se situaba al lado de los críticos del conductismo, sosteniendo que éste encarna un punto de vista erróneamente «mecanicista» de la conducta humana: «El tan cacareado condicionamiento reflejo en seres humanos es, en su mayor parte, un mito... Contrariamente a las metáforas mecanicistas los resultados, es decir, los acontecimientos reforzantes producen un cambio mediante la intervención del pensamiento». En un posterior artículo, titulado «Self system in reciprocal determinism», Bandura (1978) concibe la interacción en términos de **determinismo recíproco**: «La teoría del aprendizaje social analiza la conducta en términos de determinismo recíproco... En razón de la complejidad de los factores que interactúan los acontecimientos producen efectos de modo probabilístico, más que inevitable. En sus transacciones con el ambiente las personas no son meros reactores a la estimulación ex-

terna. La mayor parte de las influencias externas afectan a la conducta a través de procesos cognitivos intermedios. Los factores cognitivos determinan parcialmente qué hechos externos serán observados, cómo serán percibidos, qué efectos perdurables tendrán, si han de tenerlos, qué valencia y eficacia poseerán y cómo va a ser organizada para su futuro uso la información que conllevan... Es verdad que la conducta está influida por el ambiente, pero el ambiente es, en parte, una hechura de la propia persona. Por sus acciones las personas juegan un papel en la creación del medio social y de otras circunstancias, que surgen en sus transacciones cotidianas. De esa manera, desde la perspectiva del aprendizaje social, el funcionamiento psicológico envuelve una interacción continua y recíproca entre influencias conductuales, cognitivas y ambientales».

No cabe duda de que el interaccionismo presupone una nueva visión o imagen del hombre. Para Mischel (1976): «Algunos de los rasgos que caracterizan esta nueva visión son: el individuo es un ser activo, consciente, utiliza una gran amplitud de experiencias y capacidades cognoscitivas, construye su mundo psíquico, interpreta y elabora información, influye en el mundo y es influido por él».

Según esto, para entender la interacción del individuo con su ambiente «hemos de estudiar las variables de la persona, así como las variables ambientales y hemos de analizar la índole de las interacciones del individuo y de la situación desde el punto de vista psicológico» (Mischel, 1976).

Ahora bien, ¿cuáles son estas variables de la persona que según Mischel interactúan con la situación. Una exposición sistemática de ellas se halla en un artículo suyo de 1973, retomadas en su libro de 1976, cuya conclusión es la siguiente: «las diferencias individuales en la conducta proceden de las desigualdades en cada una de las variables de la persona y en sus interacciones. En primer lugar, los individuos difieren en sus **competencias**, es decir, en su capacidad para elaborar conocimientos y realizar acciones. Así, a causa de las desigualdades en la pericia y en el aprendizaje anterior aparecerán diferencias individuales en los logros cognoscitivos e intelectivos. Las diferencias de la conducta pueden derivar también de las desigualdades en la forma en que los individuos clasifican

una situación particular. Dicho de otro modo, las personas difieren en su manera de codificar, agrupar y nombrar los hechos y en su manera de concebirse a sí mismos y a los otros. Las diferencias de ejecución en cualquier situación obedecen a las desigualdades en los resultados previstos relacionados con los estímulos y con determinados modos de respuesta; también pueden deberse a las desigualdades en los valores **subjetivos** de dichos resultados. Por último, pueden reflejar desigualdades en los **sistemas autorreguladores** y en los planes que cada sujeto lleva consigo a la situación».

En consecuencia Mischel (1976) rechaza como absurda la cuestión de qué es más importante, la persona o la situación, en la determinación de la conducta y propone en su lugar uan cuestión doble: «**cuándo es más probable** que las situaciones ejerzan efectos más poderosos y, viceversa, **cuándo las variables de la persona** serán más influyentes?» A esta doble cuestión Mischel responde, en síntesis, que las variables personales serán más determinantes en la medida en que la situación esté ambigua o escasamente estructurada (lo cual, dicho entre paréntesis, no se da por definición en las situaciones de laboratorio o experimentales). En cambio el poder de la situación será máximo si se halla fuertemente estructurada, en cuyo caso las diferencias individuales son mínimas, puesto que se reduce drásticamente la variabilidad de las respuestas (por ejemplo: ante un semáforo en rojo).

Para concretar más este punto se podrían establecer los siguientes criterios: Las variables de la situación tendrán mayor valor determinante cuando: a) induzcan similares expectativas en los individuos, b) ofrezcan adecuados incentivos, c) sean uniformemente codificados, d) proporcionen las condiciones de aprendizaje requeridas para la ejecución exitosa. En caso contrario cabe esperar que sean las variables personales las que predominen.

Proceso de interacción: Una vez establecido el principio de interacción entre ambas variables (personales y situacionales) conviene plantearse de qué manera interactúan, lo que equivale a intentar describir formalmente el proceso de interacción. Las interacciones reflejan «no sólo nuestras reacciones a las situaciones, sino también la selección y modificación activas de las mismas por me-

dio de nuestras opciones, conocimientos y actos» (Wachtel, 1973). «La gente escoge diferentes lugares y formas de vivir y a su vez estos pueden proporcionar indicios sobre sus cualidades personales» (Eddy y Sinnet, 1973). De manera, que si «la consistencia puede entenderse como un resultado de encontrarse frecuentemente en situaciones particulares, tenemos que considerar que las situaciones son, en gran medida, dependientes de uno mismo y pueden ser descritas también como una característica de la propia personalidad» (Avia, 1978).

En una primera aproximación podemos representar el proceso en los siguientes términos: el individuo recibe del ambiente información que es procesada en relación a la situación misma, así como a parámetros analógicos Amnésicos elicitando respuestas o conductas que a su vez pueden incidir modificando en mayor o menor grado el ambiente, con lo que varía la información que el individuo recibe de él a la que responde con un nuevo procesamiento del que se deriva una conducta nueva que a su vez... y así en continuo feedback.

Endler y Magnusson (1976) explican la posición interactiva según los siguientes principios:

- a) la conducta real es función de un proceso continuo de interacción multidireccional (feedback) entre individuo y situación;
- b) el individuo es un agente activo, intencional, en este proceso de interacción;
- c) desde el aspecto personal de la interacción, los factores cognitivos son los determinantes esenciales de la conducta, si bien los aspectos emocionales también desempeñan un papel;
- d) desde el lado de la situación, el significado psicológico de la situación para el individuo es el factor determinante más importante.

Simbólicamente puede expresarse así: la conducta (C) es función de la persona (P) por su medio (E), donde los tres constructos son molares y significan, respectivamente: C = pautas de reacción, P = estructuras fundamentales cognitivas, E = situaciones sociales.

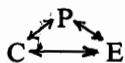
Sin embargo, como señala Bandura, el esquema no es tan lineal ni tan simple como parece a primera vista: «En sus transacciones con el ambiente las personas no son meros reactivos a la estimulación externa. La

mayor parte de las influencias externas afectan a la conducta a través de procesos cognitivos intermediarios. Los factores cognitivos determinan parcialmente qué hechos externos serán observados, cómo serán percibidos, qué efectos perdurables tendrán, si han de tenerlos, qué valencia y eficacia poseerán y cómo va a ser organizada para su futuro uso la información que conllevan. La extraordinaria capacidad de los seres humanos para usar símbolos les capacita para desarrollar un pensamiento reflexivo, para crear, para planear previsoriamente cursos de acción en su pensamiento en vez de tener que ejecutar las posibles opciones y sufrir las consecuencias de una acción impensada. Alterando su ambiente inmediato, creando autoinducciones cognitivas y organizando incentivos condicionados para sí mismos, las personas pueden ejercer alguna influencia sobre su propio comportamiento. Un acto, por consiguiente, incluye entre sus determinantes influencias autoproducidas».

Ya Pervin (1968) había distinguido entre dos tipos de interacción, llamados interacción y transacción. El primero supone un tipo de causalidad unidireccional, donde las dos variables independientes (persona y situación) determinan una variable dependiente (conducta). El segundo plantea una causalidad recíproca que implica una doble relación entre variables independientes. En este caso, se analiza, también, el efecto de la conducta (variable dependiente) en las situaciones ambientales.

Matizando más estas distinciones Bandura (1978) identifica tres modelos fundamentales de interacción:

- 1) La noción unidireccional, en la que personas y situaciones son tratadas como independientes, que se combinan para producir la conducta ($C = f: P, E$).
- 2) La noción bidireccional, en la que la persona y la situación son consideradas interdependientes, pero donde la conducta es tratada como si fuese solamente un subproducto que no figura para nada en los procesos causales ($C = f: P - E$).
- 3) El determinismo recíproco, donde la conducta, los factores personales internos y las influencias ambientales operan como variables interdependientes, en un engranaje donde cada uno determina a los otros:



C = Conducta
 P = Factores personales
 E = Entorno

En este esquema se pone de relieve que las conductas y los ambientes funcionan como determinantes en interacción recíproca. Los factores personales internos (por ejemplo, concepciones, creencias, autopercepciones) y la conducta operan también cada uno como determinante recíproco del otro. Por ejemplo, la eficacia y las expectativas de la gente influyen cómo se comportan y los efectos ambientales creados por sus acciones, a su vez, alteran sus expectativas. Las personas activan diferentes reacciones ambientales, a parte de su conducta, por sus características físicas (vgr. estatura, fisonomía, raza, sexo, atractivo) y sus atributos, roles y posiciones socialmente concedidas. El diferenciado trato social afecta a las auto-concepciones y acciones del receptor en maneras que mantienen o alteran las circunstancias ambientales.

Los factores personal y ambiental no actúan como determinantes independientes, más bien cada uno de ellos determina al otro. Y tampoco las «personas» pueden ser consideradas como causas independientes de su conducta. Es en gran medida a través de sus acciones que la gente produce las condiciones ambientales que afectan su conducta en modo recíproco. Las experiencias generadas por la conducta también determinan en parte lo que los individuos piensan, esperan y pueden hacer, lo que a su vez afecta a su conducta subsiguiente.

El problema principal del enfoque interaccionista lo constituyen, hoy por hoy, las dificultades metodológicas que permitan desarrollar el modelo.

Pervin y Lewis (1978) describen la tarea del interaccionista como consistente en definir «las variables críticas internas del organismo y, también, aquellas externas a él y, luego, estudiar los procesos a través de los cuales los efectos de uno se enlazan con las operaciones del otro». Sin embargo, esto es más difícil de lo que parece a primera vista. Golding (1975), por ejemplo, ha señalado los errores que puede implicar el análisis de varianza explicado por cada factor. Si bien es demostrable que los sujetos no pueden mantener el mismo nivel de expresión de rasgo transituacionalmente, sin embargo, man-

tendrán el mismo rango con relación a los demás, lo cual significa bastante a favor de su consistencia.

El interaccionismo proporciona una solución al principio de la consistencia, mostrando que todos los tipos de consistencia pueden darse, aunque sólo para ciertas personas y en ciertas circunstancias, lo cual nos acerca cada vez más a planteamientos idiográficos.

En una perspectiva interaccionista los factores de la situación y de la persona tienden a confundirse (Alker, 1972). Al igual que las personas suelen ser clasificadas por su consistencia conductual, lo pueden ser las situaciones (Frederickson, 1972). En los trabajos de Argyle (1976, 1977) también se confunden variables de la persona y de la situación. En la medida en que la conducta se presenta como una característica importante de las situaciones, cabe considerar hasta qué punto las clasificaciones de las personas y de las situaciones son similares o incluso equivalentes. Bem y Funder (1978) proponen que una situación puede describirse en términos de características de las personas óptimas y luego comparar a una persona en particular con la situación ideal para determinar el grado de adecuación mutua. Esto, sin embargo, no es una predicción necesaria de la conducta futura.

Como observa Krauskopf (1978) el concepto personalidad se usa de forma confusa en el interaccionismo para definir el conjunto complejo de persona y situación. Esto implicaría un acercamiento organísmico al problema, como proponen Overton y Rees (1973) en el que todas las variables implicadas se vieran como interdependientes: cualquier cambio en una afectaría a todas las otras en el sistema. Esta posición ya habría sido defendida por Agyal (1941) para quien su concepción de «biosfera» implicaba una entidad holística organismo-ambiente, por lo que la conducta de un individuo no puede predicirse mediante unidades aisladas, relativa al sujeto o al entorno, sino solamente a la interacción de ambos. Esta es, en definitiva, también, aunque expresada en términos más operacionales, la postura de Bandura que considera las tres variables interdependientes en un determinismo recíproco.

Ahora bien, ¿qué significa exactamente que sean interdependientes? ¿Que tienen el mismo peso específico? ¿Que no existen la una sin la otra? ¿Que en su circularidad lle-

gan a confundirse? ¿Quién toma la iniciativa en este círculo, si es que la toma alguien? ¿un círculo no es, por definición, un espacio cerrado en el que todos los puntos equidistan de su centro? (El problema de todos estos modelos, es que son estrictamente deterministas).

La posición interaccionista evoca, en cierta manera, aquella famosa expresión de Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mi circunstancia». ¿Significa esto que yo y mi circunstancia somos la misma cosa, formamos un todo indiviso? ¿Significa que cuando cambia mi circunstancia, cambio yo? ¿Significa que cuando cambio yo, cambia mi circunstancia? ¿O significa que mi circunstancia está ahí, frente a mí o a mi alrededor y yo estoy aquí? Una cierta tendencia actual, propia del ecologismo nos lleva a suponer que un organismo y su medio forman una unidad indivisible, como postula la teoría de Angyal y ciertas tesis subyacentes a la Psicología Humanística. Pero eso no es totalmente cierto: un organismo tiene una organización propia y diferenciada. Aunque dependa del medio, no es el medio. Un organismo es una estructura muy resistente al cambio y a la desintegración. La asimilación al medio (mimetismo) no es más que un sistema de protección. La percepción fenomenológica de sí mismo (autopercepción) confirma esta diferenciación con respecto al medio: Yo me percibo a mí mismo, como una totalidad con mi mundo, lo cual lleva consigo un cierto grado de confusión psicológica o mística, pero no ontológica ni existencial.

El problema es grave, porque tratamos de saber si existe una variable (independientemente de cual sea su estructura y proceso de formación), propia de la persona, pero distinta de la conducta y de la situación, o no. Su mayor o menor valor predictivo, así como su peso específico en la varianza total no es el verdadero problema, puesto que ésta es puramente una cuestión técnica; se trata, en suma, de desarrollar mejores artefactos estadísticos para este propósito, lo cual puede ser una cuestión laboriosa, pero técnicamente posible. En cambio, si este constructo hipotético o postulado que llamamos personalidad no puede delimitarse de ninguna manera, es decir no se le pueden atribuir características propias y exclusivas, distintas de la conducta y de la situación, aunque no absolutamente independiente de ellas, puesto que

no hay nada que sea absolutamente independiente, entonces no tiene sentido hablar de personalidad.

Por fortuna, como dice Hampson (1982) «una teoría cognitiva del aprendizaje social es algo que, sospechosamente, empieza a sonar igual que el concepto de personalidad tradicional: en lugar de rasgos de personalidad, los individuos aparecen caracterizados por procesos cognitivos, transituacionales que determinan cómo la situación será percibida y cómo se responderá a ella. Estas peculiaridades en el desarrollo cognitivo sueñan como candidatos aceptables para desempeñar el papel de «factores internos estables» en relación a la definición de personalidad. Ellos también explican las diferencias individuales. La diferencia principal entre la teoría cognitiva del aprendizaje social y la teoría de la personalidad es que la primera no depende de la consistencia en el mismo grado que la segunda, ya que reconoce que esos factores cognitivos de la persona actúan en conjunción con los factores situacionales a la hora de determinar la conducta».

De acuerdo con este punto de vista parece que, a pesar de los cambios experimentados, del enfoque del estudio de la personalidad, de la teoría de rasgos al situacionismo y de éste al interaccionismo, el concepto de personalidad continua siendo necesario. Y no es que tengamos especial interés en que continúe siéndolo o no, sino que a nuestro entender hay una cierta evidencia racional que nos lleva a postular necesariamente el constructo de personalidad, al menos con la misma legitimidad con que la astrofísica postula los llamados «agujeros negros» (cfr. Rorer y Widiger, 1983).

Justificación del constructo personalidad.

Aunque es posible a primera vista confundir o identificar persona con personalidad, es evidente que la personalidad hace referencia a los factores de la persona, a sus procesos, no al sujeto ontológico de los mismos. La persona tiene una realidad ontológica, mientras que la personalidad es solamente una entidad funcional y, en consecuencia, mediatiza en mayor o menor grado, las interacciones de la persona con su medio. Mischel (1976) distingue entre persona y variables de la persona, a las que otorga un carác-

ter procesual, puesto que reconoce que es más fácil demostrar que explicar la existencia de las extensas interacciones de la persona con la situación...» es necesario analizar los fundamentos psíquicos de la interacción, pues en ese análisis se correría el peligro de que subrayar la interacción no fuese más que hablar de una cosa ya evidente».

En efecto, el problema no es que la persona y la situación interactuen, sino si interactúan de una forma inmediata o mediatizada por unas variables o procesos de la persona a cuyo conjunto llamamos personalidad. Para Mischel esta interacción está mediatizada, puesto que las diferencias individuales en la conducta «proceden de las desigualdades de cada persona en las variables ya mencionadas».

En el esquema de Endler y Magnusson (1974, 1976) estas variables son fundamentalmente cognitivas, como también para Bandura (1978), aunque no de forma exclusiva. Aunque es cierto que, como dice Bandura (1978) «la práctica común de explorar en busca de la causa últimamente ambiental de la conducta constituye un ejercicio en vano en un proceso interaccional, un sólo y mismo evento puede ser un estímulo, una respuesta o un refuerzo ambiental según sea el lugar de la secuencia por donde el análisis arbitrariamente comienza», sin embargo, ello no significa que no deban distinguirse los conceptos. Un planteamiento característico en Psicología es reducir la inferencia de la personalidad a sus manifestaciones conductuales y de relacionar éstas inevitablemente con sus contextos ambientales. No cabe duda de que es un procedimiento legítimo y metodológicamente operativo. Pero no resuelve, a nuestro entender, todos los problemas que plantea el tema de personalidad. Bastarán dos consideraciones para hacerse cargo de la cuestión.

La primera es relativa a los procesos precisamente no observables (imaginaciones, deseos, planes, fantasías, sentimientos, ilusiones, lenguaje o diálogo interno, contenidos oníricos, etc.) que se pueden englobar, si se quiere, bajo el apelativo de conducta encubierta. ¿Están mediatizados por las variables de personalidad? ¿Dependen de las situaciones ambientales, son reforzados por ellas? ¿Interactúan con la realidad? ¿Pueden ser cuantificados, medidos, predichos? ¿Puede afirmarse legítimamente que no existen por-

que no son observables externamente?

La segunda se refiere a la Psicopatología. Con frecuencia se identifica como una de las características de la psicopatología el desajuste ambiental: eso significa que una conducta patológica no se adapta a una situación ni es reforzada por ella. Sin embargo, y a pesar de todo se produce (piénsese en el caso del ataúd). Hablar en este caso de que los factores de personalidad son predominantes porque la situación es ambigua o poco estructurada (Mischel, 1976) o decir que se produce un determinismo recíproco en el que las consecuencias de la acción generan nueva información, que a su vez es procesada por el individuo y modifica su acción (Bandura, 1978), no tiene ningún sentido. Precisamente lo que sucede en la patología es que la secuencia interactiva se interrumpe y que el agente no toma en cuenta las futuras consecuencias para la interacción, sino la relación lógica con la percepción de la acción. En efecto, si en lugar de situarnos en la óptica del contexto socio-cultural (lógica social) nos colocamos en la perspectiva del sujeto, podemos decir que su conducta se adapta a la situación (Navidad es la ocasión para hacer un regalo) y es reforzada por ella (su hija, en efecto, se va a morir dentro de poco y se confirmará la utilidad del regalo).

Esta es la razón por la que los llamados «psicólogos clínicos», que siempre están tratando básicamente con las constantes personales, tienen una percepción mucho más consistente de la personalidad que los «experimentales» para quienes se pone en juego, fundamentalmente, la variable ambiental. Nuestra opinión personal es que ambas perspectivas no tienen por qué ser contradictorias, sino que precisamente indican la complejidad del tema y la mútua interrelación. El diálogo de sordos que predomina en este campo no puede beneficiar a nadie a la larga. Un modelo de personalidad que sólo sirva para predecir regularidades es necesariamente incompleto, puesto que la realidad tiene muy poco de regular. La tierra puede considerarse una esfera, pero su relieve es tan accidentado que un cohete tierra-tierra que siguiera una trayectoria regular ideal, no tardaría en explotar chocando con el primer obstáculo del relieve. Por ello o tiene que trazar una ojiva muy alta, con lo que resulta fácilmente detectable, o tiene que llevar un dispositivo que le permita avanzar pegado al

suelo, pero sensible a todas las variantes orográficas individuales.

Patología y conductas encubiertas plantean el cuestionamiento de la personalidad en situación y respuesta conductual. En efecto, cuando hablamos de conducta, ¿a qué nos referimos, exactamente? La respuesta más simple sería «a lo que el organismo hace». Pero ¿cómo se define lo que un organismo hace? Es muy obvio decir que una rata aprieta una palanca o que da vueltas a una rueda con mayor o menor intensidad (medible) a una rueda. Esta es la respuesta característica del Conductismo radical, capitaneado por Skinner. Para él (1953, 1974) los «rasgos» y los «estados» de la personalidad son constructos que entorpecen el desarrollo de una teoría objetiva. En efecto, los «rasgos» no hacen más que reflejar la frecuencia con que se puede producir una conducta o los efectos de un aprendizaje. Así decimos de una persona que es «rígida», cuando repite sistemáticamente las mismas estrategias, para lo que encuentra incentivos en su ambiente. Los «rasgos» por tanto, no son más que etiquetas sintéticas para referirse a conductas más complejas, pero su valor explicativo o predictivo es prácticamente nulo. Estas supuestas variables «internas» no son más que el producto de variables externas más fácilmente accesibles al estudio y la investigación. Las regularidades y las causas de la conducta hay que buscarlas en las condiciones ambientales. En consecuencia, el concepto de personalidad carece para Skinner de sentido.

Sin embargo, hablar de conducta como un todo homogéneo prescinde de cualquier perspectiva crítica. Se dice, por ejemplo, que es más útil describir una conducta que un rasgo. En lugar de decir que «tal persona es amable», resultará más preciso describir la conducta en términos objetivos: «tal persona me ha ofrecido un cigarrillo». Obsérvese, sin embargo, que la descripción en términos objetivos es no sólo incompleta, sino, en muchos casos estúpida, puesto que desconoce el significado de las conductas. Supongamos esta secuencia de acontecimientos: El sujeto A le ofrece un cigarrillo al sujeto B. Este lo toma. El sujeto A le acerca el mechero al sujeto B. Este aproxima la punta del cigarrillo que sostiene con los labios a la llama. El sujeto A apaga el mechero y da un bofetón al sujeto B, que cae retorciéndose

por el suelo. La observación objetiva de las secuencias de acontecimientos es la que hace que los perros y los niños pequeños no entiendan las películas de la televisión, puesto que son incapaces de establecer conexiones de significación social. El sujeto A era policía y el sujeto B era un prisionero político.

La reducción de la conducta a conducta manifiesta, es decir a sus aspectos observables, nace en el fondo, del deseo de objetividad característico de toda ciencia. Sin embargo una ciencia no se caracteriza sólo por su método, sino por su objeto. La reducción del objeto de la psicología a un objeto observable físicamente y por medios físicos ignora la dimensión simbólica (significativa) de la conducta, lo que los soviéticos denominaron «segundo sistema de señales» (Pavlov, Luria). Este error se encuentra ya en los orígenes de la Psicología científica: Wundt (aunque reconocía que su método sólo servía para los «procesos inferiores») y se repite de forma más sofisticada en el conductismo radical (Skinner) que pretende poder analizar funcionalmente la conducta como si fuera un fenómeno neutro. Los movimientos físicos y las acciones son fenómenos observables objetivamente: pueden ser fotografiados milimétricamente o descompuestos en docenas de imágenes por segundo. Un movimiento muscular es una realidad física, pero un contexto social es una realidad simbólica o significativa.

Los «rasgos» no son necesariamente pretendidas variables internas de los sujetos, sino juicios sobre la significación de sus actos sociales. La conducta de ofrecer un cigarrillo, como cualquier conducta, es ambigua por sí misma y precisa ser clasificada a través de un juicio para definirse. Ofrecer un cigarrillo puede ser un acto amable o un acto cínico o muchas otras cosas. Depende, no del ambiente físico, sino de la significación social. Atribuir las conductas a los ambientes, diciendo que unos son más restrictivos que otros, previendo, por ejemplo, que las personas se comportarán de formas más o menos regulares según el grado de constricción del ambiente es tan elemental que no añade nada que no se pueda deducir por sentido común. Es evidente que la variedad de conductas será mucho mayor en la discoteca (ambiente menos restringido) que en la iglesia o en la clase (ambientes más restringidos). Pero eso es suponer que las iglesias o las dis-

cotecas van hacia la gente y no la gente hacia las iglesias o las discotecas.

No se pueden omitir, por tanto, los aspectos propositivos de la conducta. Una mentira no es igual a otra mentira, aunque como hecho conductual pueda describirse de la misma manera. Una mentira en legítima defensa, para encubrir a otra persona, para evadir unos impuestos, para evitar una ansiedad innecesaria, para calumniar a un tercero, etc. tiene muy diversos significados sociales y no es equivalente en ninguno de los casos. Esta es la razón por la que los niños pequeños y las personas neuróticamente escrupulosas no saben distinguir moralmente una conducta de otra. ¿Cómo pueden ser agrupadas conductas cuyo significado social es tan diverso, en un conjunto homogéneo? Esta observación vale lo mismo para las conductas que para los rasgos y pone de manifiesto las falacias involuntarias de muchos experimentos.

La consideración de la conducta debe, pues, ser mucho más matizada. Por esa razón al conductismo radical se le ha contrapuesto el conductismo mediacional, interesado por las variables sociales, que reconoce la importancia de los procesos cognitivos superiores. A este conductismo mediacional o del aprendizaje social ya nos hemos referido al hablar de W. Mischel o A. Bandura. Podría añadirse a ello el modelo de Kanfer (1972, 1978), quien considera tres variables: las variables «alfa» representan los determinantes situacionales inmediatos; las variables «beta» a las variables que no pertenecen a la situación actual (historia individual, creencias, atribuciones, percepciones, etc.); las «gamma» corresponden a las variables fisiológicas. El modelo de Kanfer es, en consecuencia, un modelo de regulación «beta», puesto que gracias a estos procesos la conducta mantiene una cierta consistencia, a pesar de los cambios constantes en las otras variables situacionales y fisiológicas.

En el «Conductismo Social» de Staats (1968, 1975), la personalidad es conceptualizada como un conjunto de constelaciones o repertorios conductuales adquiridos y acumulados de forma jerárquica a lo largo de la historia del sujeto, mediante sus aprendizajes. Entre estos sistemas conductuales acumulados en el sujeto, el lenguaje toma un carácter prioritario. Sin el conocimiento de los repertorios lingüísticos, la conducta y la

personalidad, de la que ésta emana, resultan ininteligibles.

Estos modelos, surgidos o derivados del conductismo o de las teorías del aprendizaje social postulan, en definitiva, el concepto de personalidad para dar cuenta del proceso de autorregulación. Muchas conductas se realizan de forma automatizada. Sin embargo, ante tareas más difíciles o novedosas, ni los hábitos, ni las situaciones prestan un apoyo suficiente e inmediato, razón por la cual tienen que entrar en funcionamiento procesos autorregulatorios que mantengan la estabilidad de la conducta.

Si en efecto, la consistencia de la conducta se demuestra como un hecho incuestionable a pesar de las variaciones de las situaciones habrá que postular como necesario el concepto de personalidad. Como han señalado ingeniosamente Kanfer y Karoly (1972) las teorías de rasgos eran adecuadas para épocas anteriores en que el medio social era muy estable y homogéneo, motivo por el cual se les atribuían, intuitivamente, la razón de las diferencias de la conducta. En los momentos actuales, por el contrario, en que los cambios sociales son tan rápidos y las relaciones interpersonales tan transitorias e inestables «quizá pueda ser apropiada la expresión de que nada es tan constante como el cambio mismo».

Sin embargo, como dice Mischel (1976), el individuo es capaz de percibir a lo largo de su vida una cierta coherencia y continuidad en su modo de comportarse, lo que le permite autoreconocerse y ser reconocido por los demás como el mismo individuo. Lo que ocurre es que el ser humano posee una gran capacidad de adaptación y discriminación ante situaciones cambiantes. Toda persona, en efecto, aún la más cambiante, mantiene una consistencia o regularidad consigo misma. Roger Vadim (conocido director de cine francés que lanzó a la popularidad a Brigitte Bardot) explicaba sus cuatro matrimonios como regularidades en su vida («cuando se pierde la capacidad de exaltación mutua, es preciso buscarse otro amor»). El error consiste en tratar a diferentes personalidades como conjuntos homogéneos. La consistencia sólo puede verse en relación a la propia persona. Como acertadamente comenta Avia (1978): «Las bajas correlaciones encontradas en las investigaciones de personalidad sólo significan que las personas no son con-

sistentes de la misma manera, no que sean inconsistentes consigo mismas». En efecto, el problema de la inconsistencia es atribuirle más bien al desacuerdo entre el investigador y el grupo de personas o al desacuerdo intragrupal, que al individuo mismo.

La conclusión de Bem y Allen (1973) relativa a que es posible predecir a ciertas personas en ciertas ocasiones, puede demostrarse totalmente justificada. Tal vez ello quiera decir que ciertas personas tengan una personalidad más consistente que otras, de lo cual no se podría deducir que tuvieran más personalidad que otras, puesto que la «personalidad» no es un aspecto cuantificable, (la consistencia, sí), sino un proceso psicológico más o menos consistente o consistente de diferentes maneras.

Los personajes de novela, de película o de telefilm acostumbran a tener unas características muy marcadas que hacen prever al lector o espectador su comportamiento a través de las peripecias de la trama. Si el personaje es malo, lo será a través de toda la novela, aunque no podamos prever exactamente cómo ejecutará su maldad. En la vida real, es cierto, las personas no están tan caracterizadas y las situaciones sociales tienen con frecuencia efectos muy notables sobre su comportamiento, pero si tuviéramos acceso a sus procesos probablemente podria-

mos prever igualmente sus consistencias o regularidades. «Las cartas de Jenny» (Allport, 1965) no son una novela, sino un epistolario, escrito por una mujer viuda a los amigos de su hijo durante casi doce años. A medida que vamos avanzando en su lectura llegamos a comprender su personalidad, es decir, sus constancias procesuales. Así, cuando Jenny anuncia en una carta que ha conocido a unas personas fantásticas o maravillosas, no dudamos en predecir que esta relación se malogrará fatalmente dentro de pocos meses; lo que, si continuamos leyendo cronológicamente, sus propias cartas, se confirma de forma inevitable.

Al margen, pues, de la posibilidad de medir con mayor o menor exactitud la consistencia transituacional de la conducta, llegamos a concluir la necesidad del constructo personalidad, para explicar los procesos intervinientes en la interacción del individuo con su mundo. Estos procesos, aunque pueden ser descritos de acuerdo a patrones o leyes generales, tienen una organización característica o idiosincrásica en cada persona, lo que confiere la base para las diferencias interindividuales. A este conjunto de procesos de interacción, propio y característico de cada persona, es a lo que llamamos «personalidad».

BIBLIOGRAFIA

- Alker, H.A. (1972). «Is personality situationally specific or intrapsychally consistent?» *Journal of personality*, 4, 1-16
- Allport, G. W. (1937). «Personality: a psychological interpretation» New York: Holt.
- Allport, G.W. (1965) «Letters from Jenny». New York: Harcourt, Brace, World.
- Angyal, J. (1941). «Foundations for science of Personality» Cambridge Mass.: Harvard University Press.
- Bandura, A. Walters, R. (1963). «Social learning and personality development». New York: Holt Rinehart and Winston.
- Bandura, A. (1978). «The self system in reciprocal determinism». *American Psychologist*. 344-358.
- Barker, R.G. (1968). «Ecological Psychology». Standford, Ca: Standford University Press.
- Barron, F. (1963). «Creativity and Psychological health». New York Van Nostrand.
- Bem, D. y Allen, A. (1974). «Onpredicting some of the people some of the time: the search for crosssituational consistencies in behavior». *Psychological Review*, 81, 506-520.
- Binswanger, L. (1956). «Drei formen mingsglücten Daseins». Tübingen: Max Niemeyer.
- Bowers, K.S. (1973). «Situationism in Psychology: an analysis and a critique». *Psychological Review*, 80, 307-336.

- Brofenbrenner, V. (1979). «The ecology of human development». New York: Harvard University Press.
- Catalano, (1979). «Health, behavior and the community: an ecological perspective». New York: Pergamon.
- Cattell, R.B. (1946). «Description and measurement of personality» Yonkers on Hudson, N.Y.: World Book.
- Chein, I. (1954). «The environment as a determinant of behavior». *Journal of social Psychology*, 39, 115-127.
- Clausen, J. (1975). «The social meaning of differential physical and sexual maturation». in S.E. Dragastin y G.H. Elder. *Adolescence in the life cycle*. Washington D.C.: Hemisphere.
- Cronbach, L.J. (1975) «Beyond the two disciplines of scientific psychology» *American Psychologist*, 30, 116-127.
- Eddy, G.L. y Sinnet, R.E. (1973). «Behavior setting utilization by emotionally disturbed college student». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 40, 210-216.
- Ekehammar, B. (1974). «Interactionism in personality from historical perspective». *Psychological Bulletin*, 81, 1026-1048.
- Ender, N.S. y Magnusson, D. (1976). «Toward an interactional Psychology of personality». *Psychological Bulletin*, 83, 956-974.
- Fairweather, G.W. (1967). «Methods in experimental social innovation». New York: Wiley.
- Feshbach, S. (1978). «The environment of personality». *American Psychologist*, 447-454.
- Fiske, D.W. y Marri, S.R. (1961). «Function of varied experience» Homewood, Ill: Dorsey Press.
- Gibson, J.J. (1960). «The concept of the stimulus in Psychology». *American Psychologist*, 15, 694-703.
- Golding, S. (1975). «Flies in the ointment: Methodological problems in the analysis of the percentage of variance due to persons and situations». *Psychological Bulletin*, 82, 278-288.
- Hampson, S.E. (1982). «The construction of personality». London: Routledge and Keagan Paul.
- Haney, C. Banks, C. y Zimbardo, P. (1973). «Interpersonal dynamics in a simulated prison». *International Journal of criminology and penology*, 1, 69-97.
- Harré, R. y Secord, P.F. (1972). «The explanation of social behavior». Oxford: Blackwell.
- Hogan, R., Desoto, C.B. y Solano, C. (1977). «Traits, tests and personality research». *American Psychologist*, 255-264.
- Holland, J.L. (1973). «Making vocational choices: A theory of careers». Englewood Cliffs, N.J.: prentice Hall.
- Hunt, J.V. (1965). «Traditional personality theory in the light of recent evidence». *American Scientist*, 53, 80-96.
- Jordan, P. (1972). «A real predicament». *Science*, 175, 977-978.
- Kanfer, F.H. (1978). «The many faces of self-control or behavior modification changes its forms». VIII International Brauff Conference.
- Kanfer, F.H. y Karoly, P. (1972). «Self control: a behavioristic excursion into the lion's den». *Behaviortherapy*, 3.
- Kantor, J.R. (1924). «Principle of Psychology». Bloomington: Principia Press.
- Krause, M.S. (1970). «Use of the socialsituations for research purposes». *American Psychologist*, 25, 748-753.
- Krauskopf, Ch. J. (1978). «Comment on Endeler and Magnusson attempt to redefine personality». *Psychological Butlletin*, 85, 280-283
- Krasner, L. (1980). «Evinronmental desing and human behavior. New York: Pergamon.
- Krasner, L. y Ullman, L.P. (1973). «Behavior influence and personality the social matrix of human action». New York: Holt, Rinehart and Winston.

- Labrador, F.J. (1984). «Los modelos factoriales biológicos en el estudio de la personalidad». Bilbao: Desclee de Brouwer.
 - Lewin, K. (1936). «Principles of topological Psychology». New York: McGraw Hill.
 - Lewin, K. (1951). «Field Theory in social-science. Selected theoretical papers». New York: Harper.
 - Lundin, R.W. (1969). «Personality: a behavioral analysis». New York Macmillan.
 - Magnusson, D. y Ekehammar, B. (1973). «An analysis of situational dimensions: a replication». *Multivariate Behavioral Research*, 8, 332-339.
 - Mischel, W. (1968). «Personality and Assesment». New York: Wiley.
 - Mischel, W. (1973). «Toward a cognitive social learning reconceptualization of personality». *Psychologica Review*, 80, 252-283.
 - Mischel, W. (1976). «Introduction to personality». New York: Holt, Rinehart and Winston.
 - Moos, R.H. (1968). «Situational analysis of a therapeutic community milieu». *Journal of Abnormal Psychology*, 73, 49-61.
 - Moos, R.H. (1973). «Conceptualisations of human environments». *American Psychologist*, 28, 652-665.
 - Moos, R.H. y Insel, P.M. (1974). «Issues in social ecology». Palo Alto, Ca: National Press Books.
 - Murray, H.A. (1938). «Explorations in personality». New York: Oxford University Press.
 - Pelechano, V., Pinillos, J.L. y Seoane, J. (1981). «Psicologema». Valencia: Alfaplus.
 - Pervin, L.A. (1968). «Performance and satisfaction as a function of individual environment fit». *Psychological Bulletin*, 69, 56-68.
 - Pinillos, J.L. (1975). «Principios de Psicología». Madrid: Alianza Editorial.
 - Rorer, L.G. y Widiger, Th. A. (1983). «Personality structure and assesment». *Annual Review*, 34, 431-463.
 - Rotter, J.B. (1966). «Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement». *Psychological Monographs*.
 - Skinner, B.F. (1953). «Science and human behavior». New York: Macmillan.
 - Staats, A.W. (1968). «Learning, language and cognition». New York: Holt, Rinehart and Winston.
 - Staats, A.W. (1975). «Social behaviorism». New York: Holt, Rinehart and Winston.
 - Strong, E.K. (1955). «Vocational interests 18 years after college». Minneapolis: University of Minnesota Press.
 - Tolman, E.C. (1932). «Purposive behavior in animals and men». New York: Appleton.
 - Watchel, P. (1973). «Psychodinamics, behavior therapy and the implacable experimente: an inquiry into the consistency of personality». *Journal of Abnormal Psychology*, 82, 324-334.
-